



Artículo de Mons. Javier Echevarría, prelado del Opus Dei, publicado en el periódico italiano 'Avvenire'

Recogemos el texto en castellano de un artículo de Mons. Javier Echevarría, prelado del Opus Dei, publicado en el periódico italiano Avvenire

«Llegamos a ser plenamente humanos cuando somos más que humanos, cuando le permitimos a Dios que nos lleve más allá de nosotros mismos para alcanzar nuestro ser más verdadero. Allí está el manantial de la acción evangelizadora. Porque, si alguien ha acogido ese amor que le devuelve el sentido de la vida, ¿cómo puede contener el deseo de comunicarlo a otros?». Con estas palabras de *Evangelii gaudium* (n. 8), el papa **Francisco** evoca nuestra divinización, esa elevación que se nos concede como Don de Dios. En Cristo descubrimos quién es la persona humana y la grandeza de su vocación (cf. *Gaudium et spes*, 22). Francisco nos invita a «salir de la propia comodidad y atreverse a llegar a todas las periferias que necesitan la luz del Evangelio» (EG 20).

La “salida” a la que nos invita el papa, expresa lo que se ha denominado tradicionalmente en la Iglesia con los términos “apostolado” y “evangelización”: labor que se caracteriza, entre otras cosas, por un absoluto respeto de la libertad, y se aleja de la acepción negativa -que ha tomado principalmente en el siglo XX- el

vocablo “proselitismo”. Lo señala el papa en el n. 14 al afirmar que «la Iglesia no crece por proselitismo sino “por atracción”».

En la enseñanza de Cristo hay una evidente exclusión de cualquier actitud que no respete la libertad de los demás e ignore la dignidad de la persona. Dios quiere ser amado de verdad, lo que presupone una elección libre. Toda vocación es una historia de amor y un encuentro de dos libertades: la llamada de Dios y la respuesta del hombre.

La clave que define una actitud auténticamente cristiana está en el Amor. El papa Francisco emplea palabras y tiene gestos evangélicos que lo manifiestan: “invito” (EG 3, 18, 33, 108), “insisto” (EG 3); habla del “corazón rebosante” (EG 5) y anima a entrar “en ese río de alegría” (EG 5) que es la comunidad cristiana.

“Entrar”. Jesucristo increpó duramente a los escribas y fariseos: «Ni vosotros entráis, ni dejáis entrar a los que quieren entrar» (Mt 23,13). Dejar entrar, permitir que se entre, invitar a entrar: esa fuerza que atrae es -decía **san Josemaría**- “abundancia de luz”, simpatía humana, oración y sacrificio personal, presencia de Cristo en el cristiano: «Amor verdadero es salir de sí mismo, entregarse» (*Es Cristo que pasa*, 43). Este es el sentido del apostolado cristiano, el sentido original del término proselitismo, como tradicionalmente se entendió en la Iglesia, tomado del hebraísmo.

El apostolado de persona a persona supone dedicar tiempo al prójimo y no tiene otra fuerza que la de la oración, de la paciencia caritativa, de la comprensión, de la amistad, del amor por la libertad. El “sígueme” de Cristo, lejos de forzar, respeta la libertad de cada uno. Lo manifiesta de modo tristemente elocuente el diálogo con el joven rico. ¿Y hoy? Francisco señala que «cuando más necesitamos un dinamismo misionero que lleve sal y luz al mundo, muchos laicos sienten el temor de que alguien les invite a realizar alguna tarea apostólica, y tratan de escapar de cualquier compromiso que les pueda quitar su tiempo libre» (EG 81).

El apostolado -el celo santo por las almas- es dar testimonio de la luz, como dice **san Juan** (1,7), dar abundancia de luz, sin la más mínima sombra de imposición, con suma delicadeza, pues Dios solo quiere amor y, por esto, actúa con mansedumbre: con vigor y benignidad (cf. *Sab 8,1*). En su Mensaje para la XX Jornada mundial de oración por las vocaciones (2 de febrero de 1983), **Juan Pablo II** afirmaba: «No debe existir ningún temor en proponer directamente a una persona joven o menos joven la llamada del Señor. Es un acto de estima y confianza. Puede ser un momento de luz y de gracia». Se vence la posible timidez, que podría denotar una falta de fe y de humildad, con la luz de Cristo que transmite cada cristiano.

En las antípodas de un proselitismo malentendido que no respeta la persona, se encuentra un apostolado concebido como atracción, es decir, la propuesta, transparente y respetuosa, de una dedicación generosa -justo a la que se refiere el papa- que engloba un testimonio plenamente consciente de la libertad y dignidad de la persona, y hace que el corazón del cristiano participe del amor divino y humano de Jesús. Un corazón que no puede contener sus deseos de comunicar la alegría del Evangelio.

Mons. Javier Echevarría, prelado del Opus Dei

(*) Publicado originariamente en *Avvenire*